

José M. Sala

El Corsario Que Pudo Reinar

Equipo CEDCS

info@cedcs.eu

Colección: Bibliografía recomendada, Galeatus

Fecha de Publicación: 19/06/2017

Número de páginas: 8

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

DOS ENSAYOS NARRATIVOS SOBRE EL MEDITERRÁNEO CLÁSICO Y ALGUNOS DE SUS PROTAGONISTAS MÁS DESTACADOS. EN ESTE CASO, ANDREA DORIA, JAIEDÍN BARBARROJA Y TURGUT REIS (DRAGUT), ASÍ COMO JUAN DE VERGARA Y EL DOCTOR ROMERO

José María Sala nos envía dos relatos basados en documentos originales de la época y con especial cuidado para ceñirse a unos hechos que se pueden juzgar próximos a la realidad del momento, al aparecer narrados en lo que podríamos llamar literatura de la información. Dentro de la parcialidad o imparcialidad de un punto de vista del narrador original, hay una serie de hechos objetivos que se desprenden de esa literatura y que los historiadores intentaron siempre identificar y fijar; lo que un día se quiso sacralizar de alguna manera: los acontecimientos, los hechos. Cuándo fue eso y cómo fue, quién hizo qué y a qué dio lugar, etc. La sucesión de causas y efectos en la historia, tanto con la minúscula de la vida cotidiana como con la mayúscula del Historiador autor, que tanto gustaba a la historiografía positivista decimonónica, en donde se debatió todo esto con pasión.

Dentro del proyecto global de esta plataforma del Archivo de la frontera, está precisamente facilitar esa reflexión sobre el pasado común, comenzando por el pasado mediterráneo: no por nada en especial, sino porque sobre él tenemos tanta literatura clásica, tan abundante, que apabulla al investigador, al curioso o al lector sin más. Y la tenemos muy a mano y accesible, además de que aún es legible con muchas claves interpretativas no demasiado extrañas para nuestra cultura actual global. Una documentación abundantísima y que nos narra a nosotros mismos, con perspectiva, de una manera que a veces emociona por explicarnos con una mirada primigenia y reconocible, que nos dice mucho más, incluso, de lo que tal vez pretendía decir. Unos hechos, con sus causas y sus efectos reconocibles, que muchos veces pueden ayudarnos a rectificar las trampas narrativas más elaboradas que con perfiles partidistas, nacionalistas y confesionales se intentaron hacer pasar como objetivas y así se pretendieron imponer.

Por ello, el “volver a las fuentes”, que en el inicio de la modernidad significó una verdadera revolución intelectual que hoy denominamos el Humanismo, con mayúscula, parece que puede resultar más necesario que nunca, dado el sesgo preocupante que están tomando los discursos interesados tanto de políticos mediocres como de falsos maestros e intelectuales de boquilla que se quedan en meros tertulianos o superficiales politólogos. Volver a las fuentes, volver a narrar, volver a pensar y a interpretar con nuevas perspectivas y con la vista puesta en una nueva realidad social y política en la que unos y otros se reconozcan sin trampas ni cartón, sin mistificaciones ni falsedades. Como en aquella revolución del Humanismo, de la modernidad, destrozando los argumentos de autoridad heredados y ensayar una nueva narración, ese nuevo relato que hoy parece estar en boca de todos.

Parece complicado, pero es muy sencillo. Tan sencillo como esta operación primera y elemental que lleva a cabo José María Sala aquí: leer unos documentos clásicos y elaborar una aproximación narrativa sencillita a lo que esos documentos cuentan. Y ver

qué pasa. Sé que este experimento gustará mucho a los colegas de Cine Corsario preocupados por las simplificaciones necesarias para convertir en guion audiovisual un entramado narrativo complejo como el que se desprende de la documentación histórica tradicional que manejamos con prioridad en esta plataforma del Archivo de la frontera. Antes de teorizar sobre algo creemos que hay que saber narrarlo muy bien y con claridad, hacerlo accesible para luego poder pensar sobre ello. O algo así, tampoco pretendo ni pretendemos perdernos en el “discurso”, pues de momento hay que conformarse con el “aviso”.

De ahí que a mí se me antoja este ensayo narrativo de J.M. Sala casi un aviso más, al ceñirse tan sobria y escuetamente a esa “literatura de la información” o “literatura de avisos” que en esta plataforma del Archivo de la frontera consideramos también “literatura de la frontera”. Literatura fronteriza, en fin, sin el engolamiento de algunas pretenciosas novelas históricas que quieren hacerse pasar por la historia misma, ni las simplificaciones o trampas de literaturas militantes partidistas, nacionalistas o confesionales. Un ensayo narrativo, pues, con el añadido de audiovisualizable. Desde el Archivo de la frontera, un gran elogio, pues. De gran interés tanto para la docencia como para la investigación misma y para la divulgación de esa investigación, sin la cual todo se quedaría en nada.

Enhorabuena, pues a José Manuel Sala, y ánimo con el ensayo narrativo. Merece la pena insistir en esta línea de experimentación con la narrativa que tiene categoría de línea de investigación, tanto como nuestros versiculados y actualizaciones de todo tipo.

En el relato que sigue, “El corsario que pudo reinar”, J.M. Sala se basa en algún documento de la serie “Negociaciones secretas de Barbarroja con los imperiales” que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/archivos/equipo-cedcs-negociaciones-secretas-de-barbarroja-con-los-imperiales-1539-1540-una-historia-silenciada-en-su-tiempo-el-corazon-de-los-servicios-de-informacion/>

Finalmente, consideramos este relato como una primera participación al concurso narrativo que preparamos en la plataforma del Archivo de la frontera, y que en su día anunciaremos con mayores precisiones.

Emilio Sola,
encierro asturiano de Arriondas
en tiempo de pandemia,
19 de noviembre de 2020



El Corsario Que Pudo Reinar

Puerto de Constantinopla. Marzo de 1540



La fusta en la que viajaba el capitán Juan de Vergara había llegado a Constantinopla a mediodía. El patrón del barco había ocultado al capitán español en la popa del barco, bajo una montaña de naranjas y limones: fruta traída desde Quíos para la ciudad del gran Turco. Esa había sido la tapadera para el viaje. Su misión era alto secreto y no convenía que nadie en la Sublime Puerta supiera de su llegada.

Las horas pasaban lentas para Vergara. Desde su escondite podía escuchar el ir y venir de los agentes de aduanas. Los calambres le corrían por brazos y piernas, pero el español no movía un músculo. Ya había perdido la cuenta de los paternóster que rezaba maquinalmente. ¿Cuánto tiempo llevaría oculto, sin moverse? era difícil de calcular, pero por la oscuridad de la bodega se diría que varias horas. En eso, se hizo el silencio; ya no se escuchaba nada a bordo, sólo el rumor de las olas rompiendo suavemente contra el casco del barco. «¿Sería buen momento para abandonar su escondite?», pensó. Pero, mientras debatía si salir o no, escuchó unos pasos firmes que hacían crujir la madera de la galera; los pasos bajaron a la bodega, y se aproximaron hacia su escondite en la popa. Vergara aguantaba la respiración y aguzaba el odio, y sintió, con horror, cómo unas manos presurosas comenzaban a escarbar en la montaña de cítricos. El pulso y la respiración se le aceleraron. ¿Qué harían con él los turcos si lo descubrían tratando de entrar a hurtadillas en la mismísima Constantinopla? Prefería no pensarlo...

—¿Capitán Vergara? ¿Sois vos? —inquirió una voz susurrada en medio de la oscuridad.

Era una voz española. Aquello tranquilizó al capitán Vergara.

—Estoy aquí —contestó al tiempo que descubría un brazo de debajo de un montón de naranjas.

Una mano asió la suya, y le ayudó a alzarse. La fruta rodó por el suelo a trompicones.

—Estad tranquilo, ya no hay turcos en el barco.

Vergara respiró más calmado y alargó los brazos para estirarse y desentumecer los músculos.

—¿Quién sois? —preguntó el capitán español al desconocido.

—Soy el doctor Romero. Mi señor me ha enviado para identificaros.

Vergara reconoció el nombre. Estaba en la lista de cautivos de Castilnovo cuyo rescate era prioridad.

—¿Habéis tomado el turbante? ¿Sois ahora un renegado?

—No, cautivo del *pashá* —respondió el doctor con el orgullo herido.

—¿Cautivo? Mucho crédito os debe tener vuestro amo para mandaros a una misión como esta.

—Lo tengo, y bien ganado que lo tengo. Seré su cautivo, pero también su médico de confianza.

—¿Cuánto sabéis del asunto?

—Todo lo que hay que saber. Ahora guardad silencio y vestiros con estas ropas —dijo entregándole al capitán unos zaragüelles morunos y un turbante blanco—. Cuando estéis listo os llevaré ante él.

Los dos españoles subían por las calles de Constantinopla con paso rápido, al abrigo de la oscuridad. El doctor Romero abría la marcha con decisión. Aunque era una noche cerrada, sin luna, se movía por las calles turcas como pez en el agua. En menos de una hora llegaron ante una espléndida residencia palaciega sobre la ribera del Bósforo. Unos soldados jenízaros custodiaban la puerta. Al ver que el doctor Romero venía acompañado, alguno de los jenízaros puso cara de extrañeza y comentó algo en turco por lo bajo, pero dejaron pasar a los dos españoles sin hacer preguntas.

Romero condujo a Vergara a través de la casa hasta llegar a un patio al aire libre. El patio era de planta octogonal; estaba rodeado por una galería baja apoyada por innumerables columnas de mármol; y en el centro se erigía una fuente de agua corriente.

—Ahora debéis esperar aquí. Procurad no haceros notar.

Y sin esperar una respuesta, el médico español se perdió a través de una puerta de arco apuntado.

Vergara quedó de nuevo solo. Solo en mitad de la oscuridad. Y los miedos volvieron a acosar su mente: ¿Cuánto podía fiarse de aquel doctor Romero? Nadie le había hablado de él cuando, hacía unos meses, le dieron sus instrucciones en Sicilia. ¿No se trataría de una trampa urdida por los agentes de la Sublime Puerta? ¿Acaso el contraespionaje turco había averiguado los detalles de su viaje? Si fuera así ¿por qué no le habían matado ya? «Quizá querrían torturarlo para sonsacarle información», pensó. En tal caso, un médico parecía un hombre adecuado para encargarse del asunto; un hombre que sabría cómo y dónde infligir dolor sin llegar a matar.

Nervioso, Vergara comenzó a buscar con la mirada posibles rutas de escape. Pero entonces la puerta de arco apuntado —por la que se había marchado el doctor hacía unos instantes—, se abrió y las sospechas de Vergara desaparecieron. Junto al doctor Romero venía el hombre al que había ido a buscar, atravesando las aguas de medio mundo: el hombre más odiado y

temido en la Cristiandad; su tez morena y su barba rojiza —teñida con henna— le delataban: era Jayr al-Din Barbarroja.

* * *

—Me preguntaba —dijo Barbarroja en perfecto castellano— a quién mandarían esta vez. El capitán Vergara, por supuesto. Habéis demostrado muchos arrestos viniendo a buscarme hasta las tierras del Sultán. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—Hace dos años. En los días previos a la batalla de Préveza, Majestad.

—¿Majestad? ¿Me dais ya tratamiento de rey? —repitió Barbarroja divertido.

—Si vuestra Excelencia está dispuesto a concluir el negocio que me trae, rey seréis, y, como rey debéis ser tratado.

—Rey de Berbería... —dijo para sí el legendario corsario.

Barbarroja guardó silencio y miró el cielo estrellado de Estambul. Recordó sus humildes inicios junto a sus hermanos: Aruj, Elías e Ishak. Parecía que hubiera pasado una eternidad desde que los cuatro hermanos abandonaran sus redes de pesca, en su Lesbos natal, y se lanzaran al corso; cuando cambiaron la pesca peces por la pesca de hombres. Juntos habían logrado grandes cosas, cosas increíbles: como el control de Argel y después la alianza con el Turco. Pero jamás habían soñado con llegar a ser ¡reyes! fundadores de su propia dinastía. Ojalá sus hermanos pudieran verlo hoy. Pero sus tres hermanos habían muerto hacía años. Muertos a manos de los españoles. Los mismos que ahora le ofrecían la posibilidad de ser rey del norte de África. Al pensar en ello algo se revolvió en las tripas del corsario, pero lo ocultó con gran disimulo.

—Señor Vergara —dijo Barbarroja volviendo de sus recuerdos—, recordadme los términos de nuestra plática. Si no recuerdo mal, la última oferta del Emperador era: el reino de Túnez, con las plazas de la Goleta, Bona, Orán, Bugía y Trípoli. Todas ellas libres y sin tributo. ¿No es así?

—Recordáis mal, Excelencia —replicó Vergara con un punto de exasperación—. En lo de Orán ya se os dijo que no conviene ni hablar, pues antes os darán una ciudad en España que cederéis esa plaza. Eso ya lo teníamos acordado en las pláticas pasadas...

—¡Oh, sí! Cierto —dijo el corsario con un mohín de pillo al que han cogido en una travesura—. Disculpádmelo: el temible Barbarroja también se hace mayor.

—Entonces, Excelencia ¿Estáis listo para pasaros al servicio y amistad del Emperador, y abandonar el del Turco?

—Allah es testigo de que no albergó otro deseo que el de servir al Emperador...

—¿Pero? —dijo Vergara adivinando que había algo más.

—Pero me temo que mucho han cambiado las cosas desde nuestra última conversación.

—Explicádmelo, Excelencia.

—Nuestros tratos se han publicado mucho en estos meses. Han llegado incluso a oídos de mis enemigos en el Diván de visires. Hay quienes se han atrevido a acusarme de traición ante el Sultán. Para congraciarme con él, no he tenido otra alternativa más que contarle todo el

asunto. ¿Entendéis? El sultán sabe que los cristianos andáis buscando tratos conmigo por muchas vías; y que yo a todos doy oídos por saber hasta dónde estáis dispuestos a ofrecer, pero que no dejaré su servicio por todo el oro del mundo. Gracias a Allah, mis victorias en Préveza y Castilnovo avalan la veracidad de mis palabras, por lo que he conseguido conservar su confianza. Pero, como veis, ahora todo el asunto ha de llevarse con mucha cautela: ¿Sabíais que en turco basta cambiar una sola sílaba para pasar de la palabra «makbul» (favorito) a «maktul» (ejecutado)?

» Por de pronto, una guardia permanente de jenízaros vigila mi puerta. Por mi seguridad según dicen, aunque yo creo que temen que me vea tentado de aceptar la oferta del Emperador, y me escape a hurtadillas como un ratón. ¡Ja, ja!

En el fondo, a Barbarroja le encantaba sentirse la dama con la que todos los reyes del Mediterráneo querían bailar.

—Excelencia —dijo Vergara algo irritado—, igual desvelando nuestras conversaciones al Gran Turco habéis logrado conservar su confianza, pero no creo que sea del agrado de Su Majestad.

—Al Emperador debéis decirle que nada tiene que temer de la palabra de Barbarroja, que sigo firme en la resolución de servirle. Y, como prueba de ello, le diréis que la armada (de más de trescientas velas) que el Turco pretendía armar y lanzar este año contra la Cristiandad, no se hará gracias a mi consejo.

—¿Es eso cierto? Juráis por vuestro honor que este año no saldrá la flota del Turco.

—Que Allah me castigue si miento. —dijo llevándose la palma derecha al pecho.

—Señor Barbarroja, necesitaremos algo más que vuestra palabra. Dadnos una muestra de vuestra buena fe en este trato. Hace más de un año que se os pidió mandarais a vuestro hijo a vivir a España, donde quedaría bajo la tutela y buen cuidado del Emperador. Pero nada se ha sabido de este asunto.

—Mi hijo, Hasán, aceptará la hospitalidad del Emperador cuando llegue el momento. Por ahora eso es imposible.

—Pues entonces, dadme al menos algunos de los capitanes cautivados en Castilnovo el verano pasado. Permitidles que vuelvan conmigo a España

—Os daré dieciocho de mis cautivos cristianos, pero no podrán ser los de Castilnovo.

—¿Por qué no?

—Estos son propiedad del sultán y, por ahora, no he conseguido comprárselos. Sin duda por el mal que me desean sus visires. Pero descuidad, que pronto os los podré enviar de vuelta.

Tres semanas retuvo Barbarroja al capitán Vergara oculto en su palacio. Al cabo de la tercera semana, el corsario ideó la forma de hacerlo salir de Constantinopla sin ser notado por los turcos. Para ello, liberó a dieciocho cautivos —los cautivos que había prometido redimir—, y mezcló a Vergara entre ellos, haciéndolo pasar por un liberado más. Además, puso a su disposición una fusta que zarparía con todos ellos rumbo a Quíos.

El día de su marcha, ya a bordo de la fusta, el agente imperial contemplaba por última vez la belleza del Bósforo y la ciudad del Cuerno de Oro. Desde donde estaba podía verse la cúpula de Santa Sofía, la antigua basílica bizantina convertida en mezquita: símbolo de la amenaza turca sobre la Cristiandad. «¿Acaso las ciudades de toda Europa acabarían luciendo así algún día?», pensó. La Cristiandad viviría bajo la amenaza del Turco mientras el Mediterráneo no fuese seguro. Y, ahora, una de las piezas clave para el control del mar estaba en sus manos. ¡Cuántos sufrimientos, cuántos esfuerzos, cuantas vidas podrían salvarse si su misión tenía éxito! Pero ¿realmente, todavía podía confiarse en la palabra de Barbarroja? Entonces el capitán Vergara trató de poner en orden sus pensamientos. Estaba indeciso. ¿Qué debía informar a Andrea Doria y al virrey de Sicilia, Ferrante de Gonzaga sobre el resultado de su misión en Levante? No estaba seguro de si dar un informe positivo o no sobre las intenciones del corsario de Argel.

De pronto, mientras meditaba el resultado de su viaje, escuchó una voz que le llamaba desde el muelle. Era el doctor Romero. Parecía excitado. El médico de Barbarroja miraba a un lado y a otro, como temeroso de ser reconocido por alguien.

«Ese hombre tiene algo que contar —pensó Vergara— y, que me cuelguen, si viene con licencia de su amo».

Vergara desembarcó y se encontró con el doctor Romero.

—Dios os guarde, señor Romero. ¿Venís a despedirme, como a los embajadores?

Romero ni sonrió ni atendió al saludo.

—Tomad esta carta y entregádsela al virrey, Ferrante de Gonzaga. Vos podéis leerla, pero, por Dios bendito, que no caiga en otras manos. Mi vida está en juego.

Y diciendo esto se marchó corriendo, con gentil compás de pies. Vergara ocultó la carta en el interior de su aljuba y volvió a bordo del barco.

No se atrevió a abrir la carta hasta que el barco zarpó y cruzó el estrecho del Bósforo. Con la lectura de las primeras líneas se le cambió el semblante. Aquello que había escrito el doctor era grave. Debía ponerse en conocimiento del virrey y del Emperador cuanto antes.

El futuro del Mediterráneo estaba en juego.

* * *

Por José M. Sala
16 de noviembre de 2021